

Una persona y una mujer ideal: Carmen

Junko Arantzazu Kajita*

Fue un día inolvidable de enero del año 1987 cuando visité por primera vez la entonces aún denominada “Institución Sancho el Sabio”.

Me atendió un caballero, era Jesús Olaizola. Desde entonces, empezó la relación con la actual Fundación Sancho el Sabio. Más tarde, en mi segunda visita a la institución, Jesús me presentó a Carmen.

Aún hoy, recuerdo esa imagen. Ella, como siempre, me miró con sus ojos grandes, sonriente. Jesús me dijo: “ella es la directora de la institución”. Un poco difícil de comprender para una persona que venía de un país machista como Japón; la directora era una señora, además bella, bien vestida, peinada y maquillada. En seguida nos saludamos, y desde entonces nació nuestra amistad, que incluyó no solo la relación personal sino también a su familia.

Mi encuentro con el castellano y con España

Antes de escribir sobre mi encuentro con Euskadi y con Carmen, tengo que contar algo sobre mi elección de aprendizaje del castellano.

Empecé a estudiar el castellano hace mucho, más de 40 años. En realidad yo quería estudiar ciencia o arqueología. Sin embargo, no me gustaban las matemáticas, por lo que decidí elegir algún idioma extranjero. Deseché el inglés, porque pensé que había mucha gente que lo aprendía. Al principio decidí optar por el francés o el ruso, pero un profesor del bachillerato me dijo: “Ahora la lengua castellana tiene mucha posibilidad y muchos países lo usan”. En ese momento, todavía había pocas personas en Japón que estudiaban el castellano.

Elegí ingresar en la Universidad “Kansai Gaidai”, experta en estudios extranjeros e idiomas, sin saber nada de España ni del castellano. Desde que empecé a estudiarlo, todo el mundo me preguntaba por qué estudiaba el castellano y qué había en España. La verdad es que al principio no estudiaba mucho ni me gustaba el castellano, por lo que no podía contestar bien a esas preguntas. Pensándolo ahora, ellos tampoco sabían más de España que el flamenco o Don Quijote.

* Kansai Gaidai University
kajita@kansai-gaidai.ac.jp

Tengo que reconocer que mi vida universitaria era desastrosa. No tenía motivaciones para estudiar el idioma, los profesores eran muy estrictos y mayores, y no me animaron a estudiar. Por ello, sabía poco de España, y por supuesto no tenía ningún conocimiento sobre el País Vasco, sobre Cataluña u otras zonas. Los profesores nativos que impartían las clases no nos daban mucha información sobre las diversas regiones de España, porque la mayoría eran castellanos. Recuerdo que uno de ellos me dijo: “¿Por qué insistes y vienes a la universidad? ¿Quieres hacer el doctorado?” Yo le respondí que quería estudiar e investigar la cultura. “¿Sobre qué lugar?”, me preguntó. “Sobre el País Vasco”, contesté. Su reacción no fue para nada positiva, aunque me quedé un año cursando la asignatura con él. Pese a todo, no me dio buenas notas.

Mi situación en la Universidad se iba tornando cada vez más complicada. Finalmente, debido al estrés, comencé a tener fiebre y fui internada en un hospital para investigar la causa. Aquí no pudieron localizar el motivo de mis problemas de salud, por lo que me trasladaron a un hospital más grande, donde tampoco lograron encontrarlo.

Normalmente, en Japón todo el mundo se gradúa en la universidad en cuatro años. Yo lo hice en tres, debido a que estuve un año internada en los dos hospitales.

Un poco antes de la graduación, intenté viajar por España con una amiga de la universidad, pero ella desistió, porque tenía miedo a salir al exterior. No obstante, al final, con una compañera de la clase y otra chica de Tokio partimos para España, pasando por París. Viajamos por Barcelona y Madrid, sin contar con ningún libro ni guía, pues en esos tiempos había muy poco sobre España escrito en japonés.

Mi compañera, que también había estudiado español en la Universidad, era muy inteligente y sacaba buenas notas, pero era tímida y no quería hablar con otras personas. Así que tuve que hablar con los receptionistas de hoteles, los camareros de restaurantes y bares, etc. Pese a haber estudiado castellano en la carrera, hasta que llegué a España no había podido hablar el castellano, pero poco a poco, a lo largo de viaje, fui divirtiéndome con el idioma y perdí el miedo a hablar en castellano. Por eso mi primer viaje a España fue muy útil para mí y es una oportunidad que debo agradecer a todos.

Lamentablemente no pude visitar Euskadi en ese primer viaje a España, porque todo el mundo nos decía que esa zona era peligrosa por el terrorismo. Recordando ese viaje, ahora me arrepiento de haber evitado visitar el País Vasco.

El encuentro con Euskadi y la cultura vasca

Regresé del viaje a Japón y empecé a trabajar en un consulado honorario de un país sudamericano en Osaka. Cinco años después, dejé ese

trabajo en busca de una nueva vida. Un día, recibí una llamada de una excompañera de trabajo, exsecretaria de la embajada, que trabajaba entonces en un banco español. Me explicó que un señor de España venía a Osaka para participar en una exposición y me pidió que le ayudara, porque él no hablaba apenas inglés ni por supuesto japonés.

Acepté de inmediato y fui a esa ciudad a hacer de guía e intérprete de esa persona, cuyo nombre de pila era Pedro Mari. Mientras conversaba o esperábamos con paciencia en el tren bala, en el viaje a una ciudad lejana, a que quedara libre una mesa en el restaurante del tren, pronto me di cuenta de que era de un carácter diferente a mis profesores de español en la universidad. Me pareció más callado y paciente. Al final, me atreví a preguntarle de dónde era y por qué tenía ese carácter que a mí me parecía distinto, y me respondió: sonriendo: “soy vasco”.

Yo entonces no sabía mucho de los vascos, pero este encuentro, aunque parezca intrascendente, me animó a saber más sobre los vascos y sobre Euskadi.

Mi primera visita a Euskadi

En diciembre de 1986 fui sola a Euskadi. Primero entré en País Vasco francés (Iparralde), visitando Bayona (Bayonne), Biarritz y Donibane Lohizune (San Juan/St. Jean de Luz). En Bayona visité el Museo Vasco, donde conocí a algunos miembros del mismo. Me extrañó sin embargo que no hablaran euskera. Yo venía con la ilusión de oír hablar en euskera, pero lamentablemente no pude hablar con nadie.

Después de unos días, por fin llegué a San Sebastián-Donostia. Imagínense, a una japonesa de menos de treinta años que viaja sola en diciembre, poco antes de Navidad. El cielo del invierno estaba un poco triste y no conocía a nadie allí, pero estaba muy contenta, pudiendo pisar por fin la tierra vasca (Ama Lur).

Los días de estancia en San Sebastián sentí como si estuviera en el paraíso. No sabía casi nada de euskera, pero pude por fin escuchar algunas palabras vascas vivas. A la vez, creía que todos los que vivían en Euskadi hablaban euskera, así que les pregunté ingenuamente, por qué no me hablaban en euskera. Algunas de las personas a las que pregunté me contestaron que no eran de allí. Poco a poco fui conociendo mejor la realidad vasca.

Ya era enero de 1987 fui a Vitoria-Gasteiz para ver a Pedro Mari, la persona a la que había conocido en Japón, con motivo de trabajo de guía e intérprete. No tengo palabras para agradecerle que, junto con sus padres, me recibiera en su casa muy cariñosamente. Un poco después, me presentó a toda su familia: sus hermanos, cuñadas, una sobrina en Elgoibar. Desde entonces, tengo mi otra familia (Andonegi) allí.

En Sancho el Sabio

Pedro Mari me enseñó la entonces denominada “Institución Sancho el Sabio”, de la que yo, naturalmente, no sabía nada. Un día me acompañó a la sede de Sancho el Sabio, en la Plaza de la Provincia. Como ya he adelantado, allí estaba Jesús Olaizola, un señor un poco mayor, con cara seria. Pedro le explicó los motivos de nuestra visita. Don Jesús era muy generoso y pronto me apoyó con muchas informaciones, aportando materiales y datos que me interesaban. Después me dijo que yo era primera persona de Japón que visitaba Sancho el Sabio (Unos años después, lo hizo el embajador japonés).

Fue el inicio de mi relación académica con Euskadi. En 1987 empecé a estudiar el master y el doctorado. Mi investigación se centró en los mitos y leyendas vascas, comparándolos con los de Japón. Aquí también hay muchos mitos o leyendas, en los que aparecen seres sobrenaturales, parecidos a algunos propios del País Vasco (lamias, olentzero, etc.). Por ello me dediqué a juntar esos cuentos y nombres, que podían mostrar algunas similitudes.

Cuando visité a Joxe Miel Barandiaran, este me preguntó: “¿Por qué quiere usted investigar la cultura vasca? Usted es extranjera, no sabe nada de estas tierras. Aunque yo tengo noventa y dos años, todavía no conozco y no entiendo ni las cosas del pueblo vecino de Ataun”.

Al oír esas palabras, quise llorar y escaparme de la casa de Barandiaran. Sin embargo, me animé a decirle que, “como yo soy extranjera, puedo comparar la cultura vasca con la de otro lugar, la japonesa”. Unos minutos después, que fueron muy largos para mí, aita Barandiaran abrió lentamente su boca y me dijo: “Entonces, usted puede hacer algo”. No me olvido de esas palabras, que me impulsaron a escribir la tesis del máster sobre mitos vascos comparando con los japoneses.

De ese modo, seguí estudiando e investigando para obtener el doctorado, a la vez que trataba de profundizar en mi conocimiento sobre la cultura vasca. Como visitar Euskadi era muy costoso, estudiaba en Japón con los libros que llevé a casa en esa primera visita.

Con Carmen

En los años siguientes, pese a la distancia, Carmen siempre me ayudó en la investigación para mi tesis doctoral. Me orientaba, recomendando valiosos libros y presentando a personas interesantes. No puedo expresarles todas las palabras de agradecimiento por su apoyo. Gracias a ella, pude completar mi tesis doctoral sobre “Los pueblos y las casas en ‘caserío’ del País Vasco y en ‘IE’ en Japón. Estudio comparativo y analítico de ‘Yago’ o nombre de casa”.

También le pedí en su momento ayuda para buscar un profesor que pudiera enseñar idioma y cultura para un programa especial en nuestra Universidad (Kansai Gaidai). En la Universidad tenemos muchos convenios de intercambio de estudiantes y se piden profesores para el programa “Curso para extranjeros”. Al principio venían profesores que, después de un año o dos, se volvían a España. Por eso, hice una propuesta a la Universidad, para pedir a Carmen que buscara a alguien que pudiera hacer bien ese trabajo en Japón.

Carmen aceptó ese pedido, pese a ser una tarea muy difícil y, aunque estaba muy ocupada y con mucho trabajo, nos presentó un profesor vasco, muy sincero, José María Tápez, que se incorporó al claustro de nuestra Universidad. José María fue un profesor muy querido por todos los estudiantes y los colegas. Nuevamente me impresionó la acertada elección de Carmen, proponiendo un docente de tanta calidad.

Aunque el profesor Tápez, al principio, vino con tres años de contrato, por tener excelente reputación su contrato se extendió dos años más y finalmente fue nombrado profesor numerario de nuestro Departamento. En total, estuvo nueve años en Hirakata de Osaka. La Universidad y todos los colegas queríamos que se quedara aún más tiempo pero, por motivos familiares, al final tuvo que regresar a Euskadi. A través del profesor Tápez, conocí a dos excelentes y generosos investigadores y profesores de la Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea: Santi de Pablo y Oscar Álvarez Gila.

Volviendo al tema, Carmen siempre está rodeada de gente buenísima, debido a su magnífico carácter y a la calidad de su trabajo. Además, ella tiene una familia excelente. Su esposo, Manolo, falleció hace poco y aún ahora no puedo creerlo. Recuerdo también que Manolo era un gran apasionado de los bonsáis y que un día nos invitó con un riquísimo marmitako que él mismo preparó y pasamos un momento inolvidable hablando hasta muy tarde. Conocí también a sus tres hijos, buenos e inteligentes. Sin duda, son hijos de Carmen y Manolo. Mi ilusión era que Manolo viniera a Japón para ver y comprar bonsáis, junto con Carmen, pero no pudo ser.

Todavía hoy, pese a la distancia, pienso en Carmen, que trabajó tanto y tan incansablemente. Además, sigue siempre guapa, con vestidos y peinados a la moda. Todavía me da oportunos y muy útiles consejos. Desearía que cuide muchísimo su salud y algún día la queremos recibir en mi país. Nuevamente le quiero decir, en japonés: ARIGATO (¡Gracias!)¹.

¹ Quiero agradecer mucho a la Fundación Sancho el Sabio y especialmente a Santi de Pablo, que me dieron esta maravillosa ocasión para escribir en este volumen de homenaje a Carmen.